

LA CONVERSIÓN DE SAN PABLO

Día 25 de enero

P. Juan Croisset, S.J.

Son tan grandes los beneficios que ha recibido la Iglesia de la poderosa mano de Dios por el ministerio del apóstol San Pablo, que, en señal de su agradecimiento, quiso celebrar con particular culto la memoria de su conversión, por ser la época famosa de todas sus maravillas, y porque, con razón, puede considerarse como el milagro de los milagros. Se estableció, pues, esta fiesta para dar gracias á Dios por la conversión de este apóstol, por su divina vocación y por su especial misión á la conversión de la gentilidad. Estos tres señalados favores que hizo Jesucristo á San Pablo en el instante de su conversión, forman como el objeto principal de esta festividad. Y á la verdad, si en el pueblo judaico se celebraba solemnemente el aniversario de las victorias señaladas, que habían sido especialmente beneficiosas al Estado, ¿qué victoria hubo jamás que fuese tan beneficiosa á la Iglesia, de la cual hubiese sacado tanto fruto ni que la hubiese sometido tantos pueblos, como la que Cristo consiguió del perseguidor más furioso de los fieles, por cuyo medio, del mayor enemigo suyo hizo el mayor defensor de su Ley, un vaso de elección, el doctor de las gentes y, en fin, uno de sus mayores apóstoles?

Saulo, que después tomó el nombre de Pablo, era de nación judío, de la tribu de Benjamín, y había nacido en Tarso, ciudad de Cilicia, en el Asia Menor. Profesaba su padre la secta de los fariseos, esto es, de los judíos que hacían profesión de ser los más exactos observadores de

la Ley y de seguir la moral más rígida y más severa. Por su nacimiento era ciudadano romano, por ser éste uno de los privilegios de la ciudad de Tarso, que era *Municipio* de Roma (título más noble que el de *Colonia*), en atención á que en las guerras civiles se había siempre declarado en favor de Julio César, y después de Augusto, hasta tomar el nombre de Juliópolis. Pasó los primeros años de su juventud en Tarso, donde estudió las ciencias griegas, que se enseñaban en aquella ciudad, de la misma manera que en Alejandría y en Atenas. Como tenía Saulo ingenio conocido y era de suyo inclinado al estudio, le enviaron sus padres á Jerusalén para instruirse en la Sagrada Escritura del Antiguo Testamento, bajo la dirección del célebre doctor judío Gamaliel, convertido más tarde á la fe cristiana, y tuvo, entre otros, por condiscípulos á Bernabé, su futuro compañero en el apostolado, y á Esteban, protomártir.

Era Saulo de carácter impetuoso y rígido observador de la Ley mosaica, sobre todo en lo exterior, y por esto él mismo dijo ser fariseo é hijo de fariseo. Aprendió bien, con su claro talento y genio vehemente, todo lo que pertenecía á la religión y á las costumbres y ceremonias de los judíos. Su edad, con corta diferencia, era la de Nuestro Señor Jesucristo, á quien parece que no conoció en su vida mortal. Tampoco hay indicio de que estuviera en Jerusalén en el tiempo de la Pasión y Muerte del Salvador del mundo.

Lo que sí puede, asegurarse es, que el celo ardiente que tenía por las ceremonias de sus padres y su temperamento bilioso, le hizo enemigo más implacable de la Iglesia naciente desde el momento en que tuvo noticia de su existencia. La secta farisaica opuso, desde luego, su predicación á la de los apóstoles y discípulos de Jesucristo; y Saulo, esperanza de la Sinagoga, concibió un odio y una envidia profundos contra su condiscípulo

San Esteban. Tiénese por cierto que fue uno de los judíos de Cilicia que se levantaron contra el protomártir y que disputaron con él. Y es indudable que fue de los que con más ardor clamaron por su muerte, y que quiso tener el gusto de guardar las capas de los que lo hacían apedrear, como dice la Sagrada Escritura.

No puede dudarse que la plegaria que San Esteban elevó á Dios cuando, al expirar, pidió, que no se imputase á sus verdugos la muerte suya, fue escuchada por el Señor, haciendo que la sangre de este Santo cayese sobre la cabeza de Saulo, no para su condenación, sino á modo de lluvia superabundante de gracia, que hizo, poco después, de tan furioso perseguidor de la Iglesia un vaso de elección. [Ver a la Mística Ciudad de Dios por Venerable Sor María de Jesús de Ágreda en <http://iteadjmj.com> en Documentos]

Pero la sangre de este primer mártir irritó más la cólera y encendió más la rabia de los judíos. Excitaron una horrible persecución contra la Iglesia de Jerusalén; pero ninguno se mostró más ardiente que Saulo en el ansia de destruirla. Animábale contra los cristianos un celo que parecía furor. Viéndose aplaudido y autorizado por los de su nación, no guardaba términos ni medidas. Entrábase por las casas, sacaba de ellas á todos los que sospechaba ser discípulos de Cristo, metíalos en las cárceles, y los hacía cargar de prisiones y cadenas.

Crecía su rabia contra los fieles, según que experimentaba el buen éxito de su persecución. Obtuvo sin dificultad amplia comisión del pontífice Caifas para hacer minuciosa pesquisa de todos los cristianos, con facultad de castigarlos. Ibase á todas las sinagogas, hacía apalear y azotar cruelmente á cuantos creían en Jesucristo, y ponía en ejecución cuantos medios alcanzaba: promesas, amenazas, tormentos, para

hacerlos blasfemar de su Santo Nombre.

Habiéndose extendido la fama de esta terrible persecución, era mirado Saulo como furioso perseguidor de los cristianos, como enemigo jurado de Jesucristo, y como el azote de sus fieles siervos de manera que sólo el nombre de Saulo aterraba á los que creían en El. Parecían cortos los límites de Judea, de Galilea y de toda la Palestina para contener el celo, ó, por mejor decir, la furia de este rabioso perseguidor. Lleno siempre de amenazas, alentaba sangre y respiraba muerte al oír sólo el nombre de cristiano.

Teniendo noticia de que cada día se aumentaba el número de los discípulos de Jesucristo en Damasco, ciudad célebre á la otra parte del monte Líbano, pidió al príncipe de los sacerdotes cartas para aquellas sinagogas con facultad de prender á cuantos cristianos hallase y de llevarlos á Jerusalén, donde podrían ser castigados con mayor libertad, resuelto á exterminar él solo aquella naciente iglesia.

Hallábase ya á dos ó tres leguas de la ciudad, cuando á la hora del medio día vio bajar del Cielo una gran luz más resplandeciente que el mismo Sol, la cual le rodeó á él y á todos los que le acompañaban. Al punto cayeron todos en tierra atónitos y deslumbrados, y Saulo oyó una voz que le dijo en hebreo: *Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? En vano tiras coces contra el agujón.* Entonces preguntó Saulo: *Señor, ¿quién sois Vos?* Y le respondió el Salvador: *Yo soy Jesús, á quien tú persigues.* Fuera de sí Saulo, al oír esta respuesta, replicó temblando y despavorido: *Señor ¿qué queréis que haga?* Mandóle el Salvador que se levantase; y aunque le envió á otro para que supiese de él lo que era voluntad suya que hiciese, no por eso dejó de darle allí mismo una idea general de lo que había de padecer. Levántate, le dijo, y

estate en pie, porque Yo me he dejado ver de ti para hacerte ministro y testigo de las cosas que has visto, y de otras que te manifestaré. Te saqué de las manos de este pueblo y de las naciones á las cuales te envió ahora, para que, abriéndoles los ojos, pasen de las tinieblas á la luz y del imperio de Satanás al de Dios, y para que reciban la remisión de sus pecados y la herencia de los santos por medio de la fe, que hace creer en Mi.

Mientras pasaba todo esto, los que iban en compañía de Saulo, levantados ya de la tierra, estaban de pie, atónitos y suspensos. Oían una voz, pero no veían al que hablaba. Habiéndose también levantado Saulo, aunque tenía los ojos abiertos, nada veía. Fue menester cogerle de la mano para conducirlo á Damasco. Metieronle en casa de cierto vecino, que se llamaba Judas, donde estuvo tres días ciego, sin comer ni beber, para prepararse á recibir las inspiraciones divinas.

Vivía á la sazón en Damasco un discípulo de Jesucristo, llamado Ananías, hombre de gran piedad y venerado por su virtud hasta de los mismos judíos. Apareciósele el Señor en una visión y le mandó que fuese á la calle Recta y que buscase en ella á cierto hombre llamado Saulo, natural de Tarso, á quien hallaría en oración. Al oír Ananías el eco del nombre de Saulo, replicó lleno de admiración: *¡Cómo, Señor, si he oído decir á muchas personas que ese hombre ha hecho grandes males á vuestros santos en Jerusalén! Aun ahora trae amplísimo poder de los príncipes de los sacerdotes para meter en la cárcel á los que invocan vuestro Santo Nombre.—No importa,* le respondió el Señor, *ve adonde te mando; ese hombre ya es un vaso de elección, escogido por Mí para que predique mi Nombre delante de las naciones, delante de los reyes de la Tierra y delante de los judíos de Israel. Así, ya le tengo indicado y prevenido lo mucho que ha de padecer por mi amor.*

Al mismo tiempo que el Salvador estaba declarando esto á Ananías, estaba Saulo viendo en espíritu que un hombre llamado Ananías entraba en su cuarto, y ponía las manos sobre él para que recobrase la vista.

Obedeció Ananías á Dios sin dilación, lleno de fe y de confianza: fue á buscar á Saulo á la calle Recta y, poniendo las manos sobre él, le dijo: *Saulo hermano, el Señor Jesús, que se te apareció en el camino por donde venías, me ha enviado aquí para que te restituya la vista y para que seas lleno del Espíritu Santo.* Al mismo tiempo se le cayeron de los ojos como unas escamas, y comenzó á ver con toda claridad. Levantóse lleno de alegría, de admiración y de los más vivos sentimientos de gratitud y de amor; y, habiéndole declarado Ananías lo que el Señor le había dado á entender tocante á su vocación, le bautizó y el Espíritu Santo le llenó de sus celestiales dones. Entonces tomó el nombre de *Pablo*, convirtiéndose de perseguidor del Nombre de Cristo en Apóstol de los gentiles y de las naciones todas. Después de haber dado gracias á Dios, tomó Pablo alimento, recobró las fuerzas materiales y permaneció algunos días con los fieles que estaban en Damasco. Créese que tendría entonces cerca de treinta y seis años de edad. Antes de salir de Damasco se presentó en las sinagogas proclamando que Jesucristo es el Hijo de Dios y el Redentor del mundo. Es fácil concebir cuan atónitos exclamarían los judíos que le escuchaban, habiéndole visto pocos días antes perseguir tan furiosamente á los que invocaban al Nazareno, y sabiendo que había venido á Damasco exclusivamente para prender á cristianos y conducirlos cargados de cadenas á presencia de los príncipes de los sacerdotes en Jerusalén.

¿Qué mayor maravilla que ésta, dice San Juan Crisóstomo? El lobo es hecho pastor; el que bebió la sangre de las ovejas no cesó ya de derramar su sangre

por la salud de las ovejas. Mayor milagro fue convertir á Saulo en Pablo que resucitar muertos. En esto último, la naturaleza sigue sin contradicción al que es su Señor; pero, en la conversión de Saulo, estaba en la potestad del libre albedrío de éste el dejarse ó no persuadir. Mayor maravilla, pues, es convertir la voluntad que corregir la naturaleza, mucho más obrándose la conversión después de haber sido Jesucristo crucificado como un infame malhechor y humildemente sepultado.

En efecto, en el alma de Saulo había grandes obstáculos para su conversión, y, al ser vencidos, pusieron de manifiesto la eficacia y el poderío de la gracia y la infinita misericordia de Dios para el pecador. Estos obstáculos, según los sagrados expositores, eran cuatro pecados gravísimos, que hacían á Saulo esclavo del demonio: 1.º, la envidia que sintió contra San Esteban, su condiscípulo, nacida en las disertaciones de las aulas y convertida en odio profundo cuando fue vencido por el protomártir, lo cual le llevó á coadyuvar á su martirio; 2.º, el orgullo y el gran concepto que de sí mismo tenía, que por sí solo era el mayor obstáculo para que penetrase en su corazón la divina gracia, la cual sólo se da á los humildes; 3.º, el ser blasfemo, perseguidor é injuriador del Nombre de Jesucristo y de los que le invocaban, y haber inducido á otros á blasfemar; y 4.º, el ser colérico y dominado por la ira, pues sabido es cuan difícil es que penetre la gracia de Dios en el pecho de un hombre iracundo. Y, no obstante, todos estos obstáculos fueron vencidos en un solo instante, cuando menos se esperaba, y sin anterior preparación de su espíritu. Las palabras: *¿Qué queréis que yo haga*, revelan, no el principio de su conversión, sino la conversión completa y perfectísima. ¿Qué protestas de arrepentimiento ni qué propósito de enmienda pueden igualar á la elocuencia de esta sola frase?

Al oír la voz de Dios, su soberbia se cambió en humildad; su cólera en docilidad cuando, al quedar ciego, se dejó conducir á Damasco ; de blasfemo se hizo fervoroso adorador de Dios, y la envidia y el odio, que antes sentía contra San Esteban, se transformaron en caridad ardentísima, que le llevó á hacerse *todo de todos para hacer á todos de Jesucristo*. El alma se abisma en la consideración de tan gran milagro, y el pecho del pecador, por enormes que sean sus culpas, debe abrirse á la esperanza al contemplar los prodigios que la divina misericordia obró en Saulo.

Después que hizo la primera manifestación pública de fe cristiana en Damasco, se retiró á los desiertos de la Arabia, donde estuvo tres años preparándose para las batallas que había de reñir por el Señor. Allí fue instruido por el mismo Jesucristo en la doctrina del Evangelio y del Nuevo Testamento y sus relaciones con el Antiguo; pudiendo decirse con verdad que durante aquel tiempo fue su vida un éxtasis y arrobamiento continuos. Pasado aquel santo noviciado, volvió á Damasco para comenzar á predicar el Evangelio á gentiles y á judíos. De todo lo cual, hasta el término de su gloriosa carrera, se hablará el 30 de Junio.

Aun existen en las cercanías de Damasco algunas piadosas señales que marcan el sitio donde cayó San Pablo herido por el resplandor de la luz celeste, que le detuvo en el camino; y se hallan á un cuarto de legua de la puerta llamada Mediodía, sirviendo hoy de cementerio á los cristianos. Antiguamente se levantó allí un templo, del que sólo quedan trozos de columnas.

Damasco, ciudad ya noble en tiempo de David, es hoy capital del villalato ó provincia de Siria, en la Turquía asiática, y pertenecía al imperio otomano, siendo la ciudad más importante después de Constantinopla.

Contiene ciento cincuenta mil almas, de las que noventa mil son musulmanes, y los restantes cristianos, griegos, maronitas y drusos principalmente; así que la población es muy turbulenta. Célebre fue la horrible matanza de cristianos en 1860, que motivó la intervención de Francia. Con todo, los cristianos residentes en Damasco organizan todos los años, el 25 de Enero, una devota procesión, que visita el sitio donde se realizó la conversión de San Pablo y la calle donde vivió, en el barrio de los judíos, que conserva el nombre de *Recta* ó derecha, con que es mencionada en el Nuevo Testamento.

Muchos siglos ha que se fijó la fiesta de la Conversión de San Pablo el 25 de Enero, en el cual se hacía antes sólo conmemoración del Apóstol con motivo de la traslación de sus reliquias á Roma. En los calendarios y misales del siglo viii se hace memoria de esta fiesta; y desde el pontificado de Inocencio III, á principios del siglo xiii, se celebra con general solemnidad. En muchos obispados de Francia, de los Países Bajos y de Inglaterra se celebra como fiesta de precepto. En los misales y breviarios romanos se señala con rito doble mayor.

La Misa es en honor de la Conversión de San Pablo, y la oración la que sigue:

iOh Dios, que enseñaste á todo el mundo, por medio de la predicación del Apóstol San Pablo! Concédenos la gracia de que, así como hoy honramos su Conversión, así también caminemos á Ti, siguiendo su ejemplo. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del cap. 6, vers. 1.º al 22, de los Hechos Apostólicos.

En aquellos días: Saulo, que todavía no respiraba

sino amenazas y muerte contra los discípulos del Señor, se presentó al príncipe de los sacerdotes y le pidió cartas para Damasco dirigidas á las sinagogas, para traer presos á Jerusalén á cuantos hombres y mujeres hallase de esa profesión *ó escuela de Jesús*. Caminando, pues, á Damasco, ya se acercaba á esta ciudad, cuando de repente le cercó de resplandor una luz del Cielo. Y, cayendo en tierra *asombrado*, oyó una voz que le decía: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? Y él respondió: ¿Quién eres tú, Señor? Y el Señor le dijo: Yo soy Jesús, á quien tú persigues; dura cosa es para ti dar coces contra el agujón. Él entonces, temblando y despavorido, dijo: Señor, ¿qué quieres que haga? Y el Señor le respondió: Levántate y entra en la ciudad, donde se te dirá lo que debes hacer. Los que venían acompañándole estaban asombrados, oyendo, sí, *sonido de voz*, pero sin ver á nadie. Se levantó Saulo de la tierra, y, aunque tenía abiertos los ojos, nada veía. Por lo cual, llevándole de la mano, le metieron en Damasco. Así permaneció tres días privado de la vista, y sin comer ni beber. Estaba á la sazón en Damasco un discípulo llamado Ananías, al cual dijo el Señor en una visión: ¿Ananías? Y él respondió: Aquí me tenéis, Señor. Levántate, le dijo el Señor, y ve á la calle llamada RECTA, y busca en casa de Judas á un hombre de Tarso, llamado Saulo, que ahora está en oración. (Y *en este mismo tiempo* veía Saulo en una visión á un hombre, llamado Ananías, que entraba y le imponía las manos para que recobrase la vista.) Respondió empero Ananías: Señor, he oído decir á muchos que este hombre ha hecho grandes daños á tus santos en Jerusalén, y aun aquí está con poderes de los príncipes de los sacerdotes para prender á todos los que invocan tu Nombre. Ve á encontrarle, le dijo el Señor, que ese mismo es ya un instrumento elegido por Mí para llevar mi Nombre y *anunciarle* delante de todas las naciones y de los reyes y de los hijos de Israel. Y yo le haré ver cuántos trabajos tendrá que padecer por mi Nombre. Marchó,

pues, Ananías, y entró en la casa, é imponiéndole las manos le dijo: Saulo, hermano *mió*, el Señor Jesús, que se te apareció en el camino que traías, me ha enviado para que recobres la vista y quedes lleno del Espíritu Santo. Al momento cayeron de sus ojos unas como escamas y recobró la vista, y, levantándose, fue bautizado. Y habiendo tomado después alimento, recobró sus fuerzas. Estuvo algunos días con los discípulos que habitaban en Damasco. Y desde luego empezó á predicar en las sinagogas á Jesús, *afirmando* que Éste era el Hijo de Dios. Todos los que le oían estaban pasmados, y decían: ¿ Pues no es éste aquel mismo que *con tanto furor* perseguía en Jerusalén á los que invocaban este Nombre, y que vino acá de propósito para conducirlos presos á los príncipes de los sacerdotes ? Saulo empero cobraba cada día nuevo vigor y esfuerzo, y confundía á los judíos que habitaban en Damasco, demostrándoles que Jesús era el Cristo *ó el Mesías esperado*.

REFLEXIONES

¡Qué ardiente, qué impetuoso y digno de temor es el celo falso, el celo postizo! Hace en la viña del Señor el mismo destrozo que las raposas de que habla la Sagrada Escritura, y va introduciendo el fuego por todas las mieses. Como esta furiosa pasión se cubre siempre con el especioso pretexto de la mayor gloria de Dios, no hay cosa capaz de vencerla, ni aun de moderarla. El celo puro y santo es vivo, pero dulce: el falso celo siempre es amargo, siempre es caprichoso y no da oídos á la razón.

A la verdad, en este particular apenas hay lugar á la ignorancia invencible. A poca reflexión que se haga, se descubre todo el error: reina en él demasiado la pasión para estar muy encubierta. Sólo con que se considere el verdadero motivo de esa aspereza, de esos desprecios y de esas picantes aversiones, está descubierto todo el

veneno. Al verdadero celo le anima siempre la verdadera caridad, que nunca respira daño al prójimo, sino deseo de su mayor bien; tan lejos está de triunfar en sus desgracias, que antes se compadece y se contrista en todas sus aflicciones. No hay cosa más moderada ni más apacible y compasiva que el verdadero celo; su perpetuo y su divino ejemplar es la conducta que observó Jesucristo con los mayores pecadores. Al contrario, el falso celo, como, en suma, no es más que una vehemente pasión mal disfrazada, siempre es turbulento, siempre inquieto, siempre maligno, siempre lleno de sal y de hiél. Su fuego no purifica, pero abrasa; lleno de industrias, de calumnias y de dureza, hace consistir toda su virtud en la malignidad y en el artificio. En conclusión, no es celo, que es espíritu de parcialidad y de amor propio.

Este era el falso celo de Saulo. No respiraba más que amenazas, muertes y estragos: todo lo quería trastornar, todo lo quería perder; y en nada menos pensaba que en convencer y en convertir.

Pide cartas de recomendación para las sinagogas de Damasco. ¿Será acaso para que le ayudasen á sacar dulcemente á sus hermanos del engaño y del error en que los consideraba metidos? Nada de eso. Pídelas para sepultarlos á todos en profundos calabozos y cargarlos de cadenas. Todo celo falso es duro y desabrido. Sírvete de pretexto la religión; pero el móvil principal que le rige, el verdadero motivo que le anima, es el espíritu de indignación y de encono. Mas ¡oh, y qué difícil es curar una enfermedad que está arraigada en el corazón y en el entendimiento!

Para convertir á Saulo fue menester cegarle. La luz de sus ojos solamente le servía para que viese menos. Si había de ver con claridad, era menester que desconfiase y renunciase su propia luz. Mil preocupaciones siniestras

alimentaban su pasión; su orgullo la encendía. Preciso era extinguir todo este fuego; y para esto fue necesario un milagro. Hubo de bajar del Cielo una nueva claridad que derribase en tierra aquel espíritu orgulloso. Nunca se acompañó con el falso celo la virtud de la humildad. Fue menester mudar aquel corazón maligno y duro; hacer dócil aquel animal impetuoso y fiero. ¡ Oh cuántos milagros son menester para curar un celo falso! Ilustre prueba es de esto la conversión de Saulo. *Señor, ¿qué queréis que haga?* ¡Oh, qué diferencia de dictámenes y qué diversidad de lenguaje ! Que vaya Saulo á saber de Ananías lo que debe creer y lo que debe obrar. Esto se le dijo. Siempre nos habla y nos instruye Dios por el oráculo de la Iglesia. ¡Cuánto va del celo de Saulo al celo de Pablo! Aquél sólo respiraba muertes: éste sólo alienta la salvación de todos los hombres, á ejemplo de Jesucristo.

El Evangelio es del cap. 19, vers. 27 al 29, de San Mateo.

En aquel tiempo dijo Pedro á Jesús: Bien ves que nosotros hemos abandonado todas las cosas, y te hemos seguido: ¿cual será, pues, nuestra recompensa? Mas Jesús les respondió: En verdad os digo que vosotros que me habéis seguido, en el día de la resurrección *universal*, cuando el Hijo del hombre se sentare en el solio de su majestad, vosotros también os sentaréis sobre doce sillas y juzgaréis á las doce tribus de Israel. Y cualquiera que haya dejado casa ó hermanos ó hermanas, ó padre ó madre, ó esposa ó hijos, ó heredades, por causa de mi Nombre, recibirá cien veces más *en bienes más sólidos*, y poseerá *después* la vida eterna.

MEDITACIÓN

De las señales ciertas de una conversión

verdadera.

PUNTO PRIMERO. — Considera que muchas veces se cree ser conversión lo que no es más que un proyecto ó simple idea de convertirse. Muchos son los que se engañan en esto. La obediencia pronta á la voz de Dios, la mudanza de costumbres, de creencias y de conducta: ésta es la única prueba de haberse convertido de veras. ¿Experimento yo en mí mismo esta genuina prueba?

En Saulo, aquel fiero enemigo del nombre cristiano, puedes ver el modelo de una conversión perfecta. Al primer rayo de la gracia, por decirlo así, á la sola voz de Dios, cae Saulo por tierra, y exclama fuera de sí: *Señor, ¿qué queréis que haga?* Así habla el que está verdaderamente convertido. Cuando desaparecen de nuestros ojos mil brillos falsos y se pierden de vista muchos objetos que nos alumbran, ¿decimos á Dios desde luego: *Señor, ¿qué queréis que haga?, o haced lo que quisiereis de mí?*

El primer paso es el retiro. Búscase un Ananías, esto es, un director seguro, bien instruido en los caminos de Dios. Ya no dominan los respetos humanos; si antes se persiguió á Jesucristo, ya se hace pública profesión de ser su discípulo y de padecer tal en todas ocasiones. Ni la tentación, ni el amor propio, ni las persecuciones, ni las adversidades, ni las pruebas, ni las cruces, nada inmuta á un corazón verdaderamente convertido; todo sirve para purificarle más y para hacerle más puro y más fiel. ¿Parécense á este modelo las conversiones de muchos que se ven en estos tiempos? La mía ¿es de este carácter? Por solas estas señales se conoce una conversión verdadera.

i Qué error imaginar que uno se ha convertido sólo porque se conoce y se confiesa la necesidad que hay de

convertirse! Entre el pensamiento de convertirse y la conversión efectiva hay un dilatado espacio de camino, hay grandísima distancia. ¡ Oh qué cosa tan triste es morir sólo con el deseo de convertirse!

No permitáis, Señor, que me suceda esta desdicha. Resuelto estoy, con la asistencia de vuestra divina gracia, á probar el deseo de convertirme con mi misma conversión.

PUNTO SEGUNDO.—Considera con qué prontitud lo dejan todo los apóstoles por seguir á Jesucristo en el instante en que los llama; en aquel punto, en aquel momento, y no después. Es poco sincera la conversión menos pronta; en materia de conversión, toda tardanza es sumamente peligrosa; el dilatarlo un punto es tanto como no querer hacerlo. Ni aun ir á rendir los últimos obsequios á un padre difunto se permite á un joven que dice quiere seguir á Cristo; pues ¿qué se dirá de los que no quieren convertirse hasta que hayan redondeado bien todos sus negocios; hasta que se acabe esta comisión; hasta que vuelva de tal viaje; hasta que deje este empleo; hasta que mude de estado? ¡Oh Dios, y con cuánta razón os burláis de estas vanísimas monerías, de estos fantásticos trampantojos! [Pero hay que cumplir con los compromisos justos].

***He aquí que todo lo hemos dejado.* Otra prueba que caracteriza la conversión verdadera. Quien dice *todo*, nada exceptúa. Aunque sólo esté preso con un alfiler el corazón humano, ya no es corazón libre. Conversión con reserva no es conversión, sino superchería. Todos los Amalecitas han de ser sacrificados, desde el rey hasta el esclavo más vil. ¡Oh qué compasión ver tantas excepciones, tantas limitaciones frívolas en tantas imperfectas conversiones! Siempre se ha de reservar alguna cosa; pero, desengáñate, que si no te retiras de**

todos los objetos, si no huyes de todas las ocasiones, si no rompes todos los lazos, ciertamente no te has convertido. Pero no basta dejarlo todo por Jesucristo, es necesario seguirle: *Te hemos seguido*. Otra prueba de la conversión verdadera, con la circunstancia de que á esta precisa condición se promete únicamente el premio. Y, para seguir á Cristo, no basta haber dejado el pecado, es menester practicar todas las virtudes cristianas. Conversión poco activa, no es más que un fantasma de conversión. ¡Cuánto tiempo ha que estoy haciendo vanos propósitos de conversión, pero no me convierto! A la verdad, me desprendí ya de algunos lazos; pero ¿me he desprendido de todos? ¿Puedo decir con verdad que sigo á Cristo? Pues ¿en qué título fundo la esperanza de la recompensa? ¡Qué locura vivir con tanto atolondramiento en punto tan delicado y en materia de tanta consecuencia!

Reconozco, Dios mío, y confieso con el más vivo dolor de mi corazón, que hasta ahora no me he convertido, por más que Vos me habéis llamado tanto para que me convirtiese. Pero, al presente, que por vuestra gracia estoy sinceramente resuelto á mi conversión, quiero desde luego daros pruebas verdaderas de que es efectiva y sincera, siendo fiel en serviros, fervoroso en amaros, regular y exacto en todo lo que sea obedeceros.

JACULATORIAS

Hablad, Señor, que vuestro siervo oye.—*Libro i de los Reyes, 3.*

Señor, ¿qué queréis que haga?—*Hechos de los Apóstoles, 9.*

PROPÓSITOS

1. Al principio del año formaste un plan de vida, y el día siguiente renovaste el propósito de convertirte sin dilación. Vuelve á leer lo que entonces escribiste con los propósitos que se señalaron en el tercer día del año, y sin andar entreteniéndote más en vanos deseos, ni engañándote con vanas ideas, tómate cuenta á ti mismo; y, si hallares que desde entonces acá en nada te has reformado, pregúntate: ¿en qué pararon aquellos grandes proyectos de conversión? Y concluye que todos fueron cosa de juego.

2. Considera, en particular, cuál es tu pasión dominante; porque todos tenemos cierta pasión favorecida, á la cual no se la ha de tocar en el pelo de la ropa. Resuélvete, desde luego, á no darle oídos, á no agradarla; y, para no incurrir en adelante en otra tal ineficacia, imponte, por modo de penitencia, una limosna ó alguna mortificación por espacio de quince días, siempre que cayeres en semejante falta. Cuando se quiere de veras una cosa, se aplican los medios para conseguirla. Las resoluciones vagas ó ineficaces sólo sirven para adormecernos en nuestros desórdenes. Todos los días meditar y no enmendarse, viene á ser estudiar en ser tibio sin remordimiento. Nadie hay que no tenga necesidad de convertirse, porque ningún cristiano se hallará que no necesite de alguna reforma. Examina hoy si te has enmendado en las faltas de que te acusas en casi todas tus confesiones; si has pagado esos salarios ó esas deudas como lo habías prometido; si has hecho esa restitución que tanto agrava tu conciencia. ¿Eres ya menos colérico y no tan arrebatado? ¿Eres ya más vigilante en el cuidado de tu familia y en la educación de tus hijos? ¿Cumples mejor con las obligaciones de tu estado? ¿Eres más fervoroso y más exacto en la observancia regular? Si te faltan estas señales de conversión, no te des por convertido; pero comienza desde este día á convertirte, y determina dos ó tres

puntos de enmienda, que sirvan de prueba y acrediten tu reforma.